

## VISTO Y OIDO ★ Ocultos en el Agua y en la Tierra ★ por PREMIANI



### Tesoros Perdidos

TOTAL: 6.649.750.000

Las RIQUEZAS de las CIUDADES de ASIA. ENTERRADAS por ALEJANDRO EL GRANDE DESPUES de SUS CONQUISTAS; EL ATAUJ de ORO del CONQUISTADOR y SUS RIQUEZAS PERSONALES ENTERRADAS con EL: 1.925.000.000.-

ESTATUAS de ORO y PLATA, GRANDES ESMERALDAS, PERLAS y OTRAS PIEDRAS PRECIOSAS, SACADAS por los SACERDOTES del TEMPLO del DIOS PACHACAMACK, en PERU: 350.000.000.-

- EL BOTIN de ANIBAL de SUS CAMPAÑAS en ASIA y en EUROPA: 175.000.000.-
- TESOROS de ATILA ENTERRADOS con EL en SU TUMBA SECRETA: 875.000.000.-
- EL BOTIN de TAMERLAN en los SAQUEOS de la INDIA: 350.000.000.-
- EL TESORO REAL de CALZONTZIN en TABASCAN (MEXICO) ENTERRADO 500 AÑOS ANTES del DESCUBRIMIENTO de AMERICA: 85.500.000.-
- EL TESORO de MOCTEZUMA, PERDIDO por los ESPAÑOLES en SU RETIRADA de MEXICO la NOCHE del 30 de JUNIO de 1520: 350.000.000.-
- 540 TONELADAS de ORO escondidas para las UBRARIAS de la CODICIA de los PERUANOS para PIZARRO: 700.000.000.-
- EL TESORO de la CIUDAD CHIMU de TUMBES, CONSISTENTE en ESMERALDAS, PERLAS, ORO y PLATA ENTERRADO en 1552: 525.000.000.-
- EL TESORO de ORO y JOYAS del GALEON ESPAÑOL "LA LITNE" en 1588: 7.000.000.-
- EL TESORO de ORO para ESCONDERLO ENTERRADO en 1671, en PANAMA: 17.500.000.-
- TESORO del PIRATA MORGAN: 17.500.000.-
- MONEDAS de ORO de NAPOLBON HUNDIDAS con el BARCO "ORIENTE" en 1799: 10.500.000.-
- MONEDAS y LINGOTES de ORO HUNDIDOS con el BARCO "LA LITNE" en 1799: 15.750.000.-

TESORO del PIRATA MORGAN, de PANAMA, ENTERRADO en 1671: 17.500.000.-

TESOROS de los GRANDES MOGOLES de la INDIA, ROBADOS y la MAYORIA ENTERRADOS por NADIR SHAH: 875.000.000.-

LA FORTUNA de GENGIS KHAN, ENTERRADA en VARIOS LUGARES SECRETA: 350.000.000.-

TRES COJAS FUERTES con BARRAS de ORO, DINERO, JOYAS (ENTRE ELLAS un COLLAR de PERLAS VALUADO en un MILLON de DOLARES) HUNDIDOS con el LUSITANIA: 21.000.000.-









# Recuerdos de Mendoza



**A**UNOS 25 kilómetros del límite norteño de la capital mendocina, con Las Heras y en dirección NE, se encuentra una quebrada cenagosa, una especie de oasis clavadado en medio de un pequeño desierto salitroso, de escasa y raquítica vegetación constituida por plantas de jarrilla, rampa, usillo y pájaro-bobo cuyos aromas, mezclados en el tamiz del viento, dan origen a un olor agradable, característico de aquel histórico campamento en el que San Martín estableció el Cuartel General del Ejército Libertador, aquel "nido de condóres, donde el águila empollaba el huevo" — según la frase de Obligado.

En la parte más honda de la quebrada a que aludimos existen desde hace siglos unas termas sulfurosas, muy frecuentadas en todas las estaciones del año debido a la fuerza de los aires que allí se respiran a pulmón lleno, y a las propiedades medicinales que según médicos y químicos, poseen aquellas aguas.

Los baños están alimentados por corrientes permanentes llevadas por cañerías o por acueductos, desde un arroyuelo formado por la vertiente que surge de un hundimiento de la tierra cuya profundidad no ha sido posible determinar con ninguna clase de sondajes.

Esos baños y el paraje en que se encuentran tienen por nombre "El Borbollón" y al decir de un investigador, eran ya conocidos y acreditados antes de la conquista, según la tradición india.

En el lugar abundan las moscas, los mosquitos zancudos, los tabanos y los jejenes. Las moscas son negras, porfiadas como un aragón y gambeteras como un soltero o como un político entrenado en el arte de las cuerpadas. ¡No hay moscas blancas en aquellos lugares!

¿Quién hubiera alcanzado los tiempos aquellos en que todos los gobernantes exigían que sus manos y sus ropas fueran limpias y en que tenía tan alto valor la palabra de honor de los individuos y la rectitud de sus vidas!

Después de esa época todas las moscas se emparejaron y ahora no las hay ni siquiera ovejitas ni torcillas. Los mosquitos son color de tierra tirando a gris; tienen las piernas largas como las esperanzas de los pobres; se encuentran por lo común flacones y semitransparentes en la panca y en las alas.

Casi podría llamarse mosquitos payadores, si pudieran articular palabras para decir los versos; pero cantan a su manera, en su flautita monótona, con una nota larga, siempre la misma, que viene a ser como el alerta de los centinelas, pues la repiten de momento mientras revolotean en torno del ser viviente elegido por ellos para víctima.

De manera que cuando se nos asientan en las orejas, la nariz, la frente, e introducen la trompa en la piel para bombear la sangre, ya nos han avisado su propósito de picar con el cantito aquel, ruego que da ciertos relieves de nobleza a esa estirpe de mosquitos.

No se conducen de este modo esos callados mosquitos del Rosario, procedentes de las islas del Paraná, y resultantes — según algunos investigadores prolijos — de la cruz de los viejos zancudos argentinos, con los mosquitos "gringos" que vienen a estas tierras de América prendidos de las velas o de las jarcias de los buques.

Estos insectos mestizados no cantan, pero pican, y ese picoteo sin aviso resulta más doloroso, por lo mismo que es sorpresivo y traicionero como puñalada de salteador.



(elefante en miniatura, se encuentra en el hotel).

En el verano el sol parece arder en los salitrales borbollonenses y no hay más remedio que guardarse en el hotel o en los sauzales del balneario que, como los sauces hablonenses, lloran su inmovilidad y su cautiverio.

Una siesta de diciembre nos hallábamos varios amigos en el salón de baile del hotel, defendiéndonos por la acción de los ventiladores, de la invasión de insectos que empezaba a arreciar desde el yuyal, cuando de pronto se detuvieron numerosos automóviles de los cuales descendió no menos de una veintena de políticos, que resaban de una lira prolección por el edificio del departamento de Lavalle. Entre ellos había portefolios, provincianos y hasta gringos y turecos, que se habían acriollado tanto que se aventaban ya al uso del pañuelo al cuello y al arremolinamiento del sombrero, al que sabían hacerle las "quebraduras" y los dobles que son las fantasías que usa el gaucho para lucirlas en la cabeza. Había entre los políticos aquellos hombres de todo origen y pelaje: desde el personal enchupado a la antigua y el doctor de lentes de oro, hasta el último mandrín de comité y el clásico atormentado de cafetines de suburbio.

Este se hace por toda la familia: marido, mujer, hijos y sirvientes, se dedican a mastigar las vainas así como "fachicas" el tabaco los italianos y van arrojándolas así a medio molar y ensalivar, en una bordalera con agua, donde después de algunos días de fermentación está hecho el famoso licor con que se pone en P.P. aquella gente.

El autor del chiste de la araña pintada era riojano, y así no más dándose por resentido y agraviado, contestó la ofensiva que el senador — santiaguino de pura cepa — le acababa de llevar sin decir "voy".

Los santiaguinos también son aficionados al algarrobo, dice el riojano. En cierta ocasión un gobernador de mi provincia fue a visitar al de Santiago del Estero, siendo recibido en casa de éste por un gendarme que tenía un pie calzado con bota granadera y el otro con alpargata, pero las dos prendas, alpargata y bota, con sendos agujeros por donde se asomaban los dedos, cuyas unas se conocía que estaban picadas con las tijeras. Al preguntar el visitante por el gobernador santiaguino, el gendarme le contestó: —Se está desayunando, y haciéndolo pasar adelante, le ofreció una silla con cuero de chivato a guisa de estribo y la ubicó en el patio del caserón, bajo la sombra de un añojo algarrobo de copa amplia y muy ramosa.

El gobernador riojano, después de una larga espera, comenzó a impacientarse; fumaba y se pasaba bajo el árbol desde el cual solían caer en su cabeza partículas

vegetales, que él las atribuía al trabajo de algunos pajarillos en la espesura del ramaje. Tan larga era la espera, que por fin el gobernador riojano se impacientó de veras y encarándose con el gendarme, le preguntó: —¿Pero está o no está — ¡con mil diablos! — el gobernador de Santiago?

El interpelado, con toda calma y señalando el algarrobo respondió: ¡Pero no le dicho, niño, que se está desayunando! ¡Si no me quiere creer, véalo!

Y el visitante, escudriñando entre el ramaje, pudo ver al gobernador de Santiago, abierto de piernas, masticando vaina de algarrobo que eran su desayuno favorito, y arrojando al suelo los residuos.

Los santiaguinos tienen cada historia... En eso de ignorancia y de cosas raras y ridículas, se parecen a los puntanos. ¡Chorrillos viejos! El "sorgallo hidrográfico" de éstos es el "Chorrillo" que no lleva agua ni para lavar un pañuelito de mano.

Los mosquitos se pasean por el cauce sin mojarse ni los tobillos, y muy orondos, como si anduvieran en la Costanera de Buenos Aires. Y sin embargo los puntanos hablaban en cierta época de adquirir una flota mercante para navegar el Chorrillo y abaratar así el transporte de los productos que por ferrocarril resultaba caro. A no ser que se tratara de productos de la inteligencia, no veo que otros podrían transportar, cuando los puntanos no producen ni quesos. Estos se hacen de leche, la leche la dan las vacas, éstas se alimentan con pastos, y pastos no hay... ¡Qué han de haber, si son unos secadales de Dios!

—Eso de la marina, no puede ser — interrumpió un catamarqueño — porque los puntanos son enemigos de las máquinas y de todo progreso por el estilo. Y sino, vean lo que les sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que le sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis. Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos le enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "caruercarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tífus, la viruela, el cólera, etc.

# Museo de la Confusión

Te dije que he nacido en una aldea que hoy tiene prisionera a mi testa?

¿En qué aldea había nacido el testafiero? En Stetson City, en Borsalino Villa, en Mitra Ortíz, en Orión y en compañía de Capellini Borges con fiore in testa? Ante la imposibilidad de contestar exactamente estas preguntas, pasemos al Madrigal Frustrado que el vate dedica al maravillante a nadie. Expresa en determinada zona de su coposición:

¿Que leo? Sí, a veces por no tener con quien decir eso que llevo debajo de la sien.

¿Qué es lo que pretende conversar el muso? Contarle su oreja izquierda, sus patillas o su cuello palomita al escuchá? No creo que sea un tema muy importante como para mantener largos tete a tete o alegres tertulias en Moquegua, Huánuco y Arequipa. Más adelante, en el mismo poema expresa Guillén: Si yo encuentro una mano que me arranque el tallo de la vida y me aspire, etc.

Lo que el poeta busca no es precisamente una mano, sino más bien un tentáculo, un hocico, un aspirador eléctrico, una ventosa o una sanguijuela y no se anima a confesarlo por lo comprometedores que resultan estos aparatos. En la composición que titula Panoroma, nos da una visión bastante dolorosa de las faenas agrícolas peruvianas. Veamos lo siguiente, que pertenece a la composición nombrada:

Cuando el sol por las tardes, con la tierra se ayunta y el labrador retorna al hogar con la yunta, y el arado en los hombros como una lira heroica sobre su cara brilla una alegría estrica.

Efectivamente. La alegría estrica del que bate sin querer el campeonato mundial de levantamiento de pesas y medidas. Lástima que el labrador no se haya cargado también la yunta, pues así el equipado arroyuelo habría obtenido una mayor brillantez para su carátula y consiguído la ilusión de que además de la lira estática portaba un piano de cola y parte de una troika. El lirido perulero en su Egloga Futurista, expresa:

Un poeta ha cantado las ciudades colgadas del cielo por penachos de humo.

(¡Son bobadas!) Ha cantado la fiebre del avión, el impulso del auto. Yo me quedo para tomar el pulso al arroyuelo humilde que late a mi derecha, mientras el alma sufre en su cárcel estrecha.

Indudablemente, todo esto de los penachos, del auto y de la avioneta es bastante bobalicán, pero a mi parecer no lo es menos la tomadura de pulso al arroyuelo derecho. Ignoro si el arroyuelo a que se refiere el bardo representa alegóricamente su corazón o si se trata de un verdadero sistema hidrográfico con agua, arenitas labradas, camalotes y márgenes floridas. Si es lo primero, me parece que la alegoría, el aneurisma, la trombo-sis, el sursum corda y el síncope cardíaco se encuentran completamente a contramano en la vivisección del compatrota de Ricardo Palma. De tratarse del segundo, me temo que sea el arroyuelo quien se dedique a tomar el pulso y haga extensiva la tomadura a la testa al alma y a la cárcel estrecha del arroyuelo peruano.



En la revista "Para Ti", correspondiente al 22 de mayo, la directora hace algunas indicaciones a la mujer ante la desgracia. Entre otras cosas, dice lo siguiente:

... pero la mujer debe atender al ministerio de la caridad, debe ser la misteriosa esponja que sabe enjugar las lágrimas y se preocupa en abrir su seno para disminuir la miseria, en explorar los rincónes, para descubrir los gárgoles de la desmedez y el desamparo.

El misterio que rodea a esta esponja es realmente insondable. Algunos videntes aseguran haberla visto con un traje marrón entallado, inspeccionando zócalos, pasaje de revista a algu-



nos acunados y aplacando los ayes y quejidos de ciertas sardinas desuapadas y nudistas a quienes con-eló regalándole camisetas, escarpines, cofias, gramus y a maduras de lata sellada, al tiempo que las estrecha entre sus manos de esponjario articulado.

También en "Para Ti" encontré un artículo muy instructivo, titulado: El arte de amar. Dice lo siguiente:

El arte de saber amar, se adorna, dando a cada pieza carácter que deba tener, no a fácil de poseer. En una casa lo que está bien en las habitaciones es ocioso en otros, y lo que para una persona conviene para otra estorba. Una panoplia, que conviene al gabinete de un sportman, de un militar y hasta de un aficionado, no está bien en el despacho de un sabio, y mucho menos en habitaciones femeninas. En toda habitación particular es de efecto deplorable la exhibición de un cofre fort, por rico que sea y aunque le pongamos una artística cerradura. Es preciso ocultarlo dentro de un armario o un varguño, pues si no resulta de un gusto pésimo.

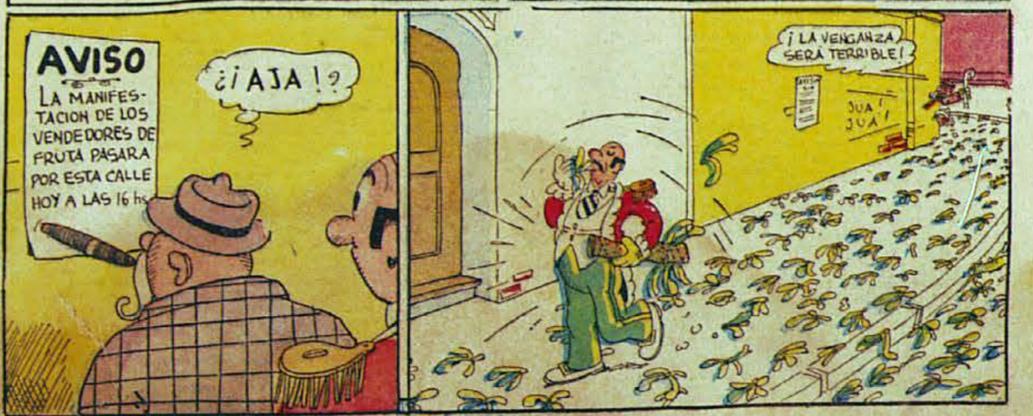
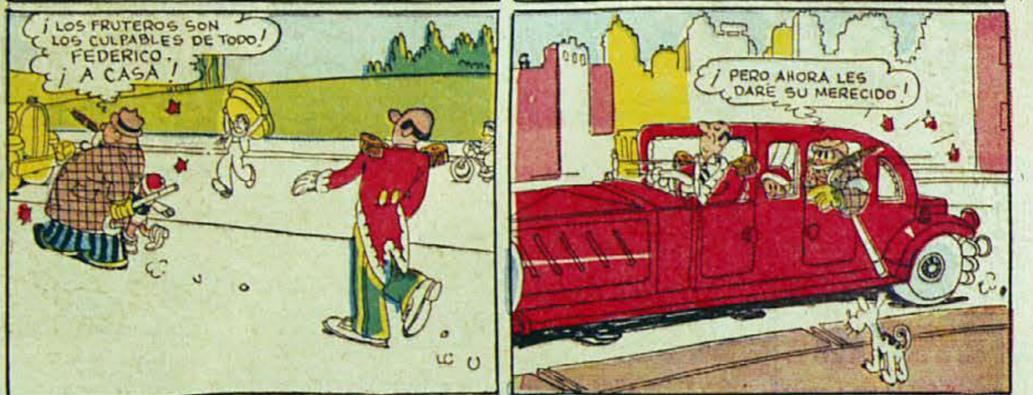
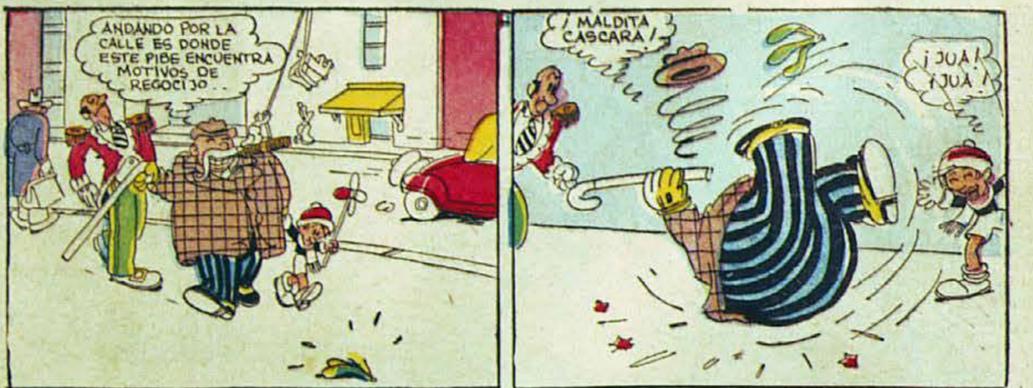
Yo creo que con este artículo terminarán los deplorables efectos producidos por sarcófagos y atáulcos colocados displicentemente en algunas salitas íntimas, por incubadoras desparatadas en los fumoirs, flambreras diseminadas en el hall, cajas fuertes en el corral, escritorios ministros en el parámetro, avisperos en el noocomico, aliosnes de mimbre en el noras crematorio, espejos biselados en el zillito a la ciega, tridinos en la palanca, trampolines en la sala de primeros auxilios, maceteros en el boudoir del paralitico, bibelots en el microscopio del naturalista, arcabuces en la cuna del nene, peserbes en el invernáculo o tajamares en el comedor. Imperdonable resultaría también la exhibición de un zoquefort en la sacristía o en la misa cantada por delicado que sea y aunque se halle suficientemente sujeto por varias anclas, cepos y aparejos.

POR

## ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ

# El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



# DOMADORES EN ROJAS

**C**AIMOS a Rojas ya de noche, y después de aguantar en el camino un chaparrón de media hora.

En el centro del pueblo nos detuvimos frente al hotel Liranda.

Nuestra experiencia en el trato con los hoteleros hacía que éstos no nos tomaran nunca desprevistos. Por eso tratábamos el precio de la pensión antes de ubicarnos en la casa.

Ramón y Rossi entraron a traer. En la acera, un paisano con un traje que tenía mucho de caravalesco nos miraba sonriendo, como si quisiera decirnos algo, yándonos dispuestos a ser amigos:

—¿Dentran aquí — nos dijo acercándose al coche — si no lo toman a mal. Hay tres buenas muchachas, muy serviciales — subió diciendo.

—Entonces hay que parar aquí, ¿no? No hay nada que hacer.

—¿Usted para aquí?

—Sí.

—¿Qué tal se come?

—¡Oh! Eso no lo sé porque allí no se comen las cosas. La comida la hacemos nosotros mismos.

—Pero, dígame, ¿usted es músico, o es artista? Porque esa ropa...

—Soy domador, ¿sabe?, y hay que vestirse medio así para yamar atención.

—¿Domador?

—Sí, somos profesionales. Organizamos domas y cobramos la entrada.

Rossi y Ramón volvían.

—¿Arreglaron?

—Da la vuelta, gordo. Por el lado de la izquierda.

Nos alegramos que así fuera. Nos entusiasma la idea de comenzar con los domadores. Aquel chico había despertado nuestra curiosidad, por lo que hacían y en que andaban.

A las ocho y media bajamos al comedor. Eramos los últimos en entrar. Nos habían preparado la mesa para los seis; las otras mesas eran ocupadas por una, dos o tres personas. Nosotros éramos barra más numerosa. Como de estambre, en la cabecera se sentaba el gordo, nuestro chófer, con un ciento y pico de kilos. A su derecha yo. El gordo tenía a su izquierda a Juan, y Ramón a la izquierda de Juan, y a mi izquierda Romeo, al lado de Juan, a luz que se escapaba por las

ventanas, llevaba el mozo nuestro menú en platos de borde ondulado.

—Ahí está el domador.

Desde la ventana nos miraba a través de la veranda el muchacho.

—¿Quiere un vaso de vino, don?

—Muchas gracias.

—Acepte, amigo, pase.

—¿Guano.

Se sentó entre el gordo y Juan, en una esquina de la mesa.

—¿Cenó ya?

—Sí, gracias. Nosotros cenamos temprano. La patrona a las siete ya nos yama.

—¿La mujer de Miranda?

—No, que va a yamar a ella. La mujer del empresario. Nosotros, ya les dije, alquilamos las piezas solas, esas que dan al corralón, sobre las cocheras. Tenemos calentador, unas ovas, unos platos, en fin, lo necesario. ¿También si fuéramos a pagar pensión completa? ¿Pa' lo que ganamos?

—¿Tan poco da el ocio?

—A veces sí, pero a ocasiones nos pasamos dos domingos sin trabajar, y el tercero... llueve a lo mejor. De repente tenemos una buena racha, pero nunca faltan las malas.

—¿Hace mucho que anda en esto?

—Año y medio. — Y se apresuró a largar algo que le hacía cosquillas dentro. — Desde que salí de Güenos Aires.

Lo miramos con sorpresa. Y el sonido con satisfacción:

—Yo también soy porteño, y es la primera vez que salgo al campo.

—¿Y dónde aprendió a domar?

—En la conscripción. Cuando salí me lo presentaron al empresario, que es norteamericano, y me dió trabajo.

Yo estaba encantado con el mozo por lo conversador. Me encantaba de muchas cosas. Después, que era simpático el muchacho. A la barra le pasaba lo mismo, porque no se cansaban de preguntarle:

—¿Y el empresario doma?

—De vez en cuando.

—¿Y la mujer es norteamericana?

—Es rosarina.

Pal domingo será la cosa, eso es seguro. Y se volvió a su sitio hamacando la maza que tenía encima.

El mozo estaba el cogote cada vez que entraba al reservado. A mi espalda, uno de los hoteleros decía: ¡Qué ha de vestirse en Buenos Aires, hombre, si estoy cansado de venderle medias a treinta y cinco!

Junto a la ventana, comentaba el viejo auriga:

—Los cocheros de ahora no saben. Revientan los caballos al cable. Traen la "victoria" y es un macanoso. Las ruedas de adelante cortan más estrecho que las de atrás y los animales cinchan el doble.

Eso es el progreso. Ahí tiene usted.

En una de las dos habitaciones que alquilábamos, empezaron las visitas de los mates a eso de las diez de la noche lluviosa.

El nuestro era un mate pan-

que estos domadores no tenían más caballos que los potros que les cedían por un domingo.

La hotelería, en sus idas y venidas a la cocina, olfateando el estofado, nos miraba como a compañeros.

Para las tres era la cosa. Salieron presentes, sonreían y mal que les pesara, bromaban de vez en cuando.

Parecían muchachos alardeando de la travesura que cometían y que gozaban ya la satisfacción de mostrar la habilidad que harían gala al escapar al castigo. Aunque por momentos se veía que no les tenían todas consigo. Debían ser días de cama a 70 centavos cada uno, eran ocho en total y no tenían un centavo. Todo dependía de la tarde. Debían, además,

que estos domadores no tenían más caballos que los potros que les cedían por un domingo.

La hotelería, en sus idas y venidas a la cocina, olfateando el estofado, nos miraba como a compañeros.

Para las tres era la cosa. Salieron presentes, sonreían y mal que les pesara, bromaban de vez en cuando.

Parecían muchachos alardeando de la travesura que cometían y que gozaban ya la satisfacción de mostrar la habilidad que harían gala al escapar al castigo. Aunque por momentos se veía que no les tenían todas consigo. Debían ser días de cama a 70 centavos cada uno, eran ocho en total y no tenían un centavo. Todo dependía de la tarde. Debían, además,

que estos domadores no tenían más caballos que los potros que les cedían por un domingo.

La hotelería, en sus idas y venidas a la cocina, olfateando el estofado, nos miraba como a compañeros.

Para las tres era la cosa. Salieron presentes, sonreían y mal que les pesara, bromaban de vez en cuando.

Parecían muchachos alardeando de la travesura que cometían y que gozaban ya la satisfacción de mostrar la habilidad que harían gala al escapar al castigo. Aunque por momentos se veía que no les tenían todas consigo. Debían ser días de cama a 70 centavos cada uno, eran ocho en total y no tenían un centavo. Todo dependía de la tarde. Debían, además,

que estos domadores no tenían más caballos que los potros que les cedían por un domingo.

La hotelería, en sus idas y venidas a la cocina, olfateando el estofado, nos miraba como a compañeros.

Para las tres era la cosa. Salieron presentes, sonreían y mal que les pesara, bromaban de vez en cuando.

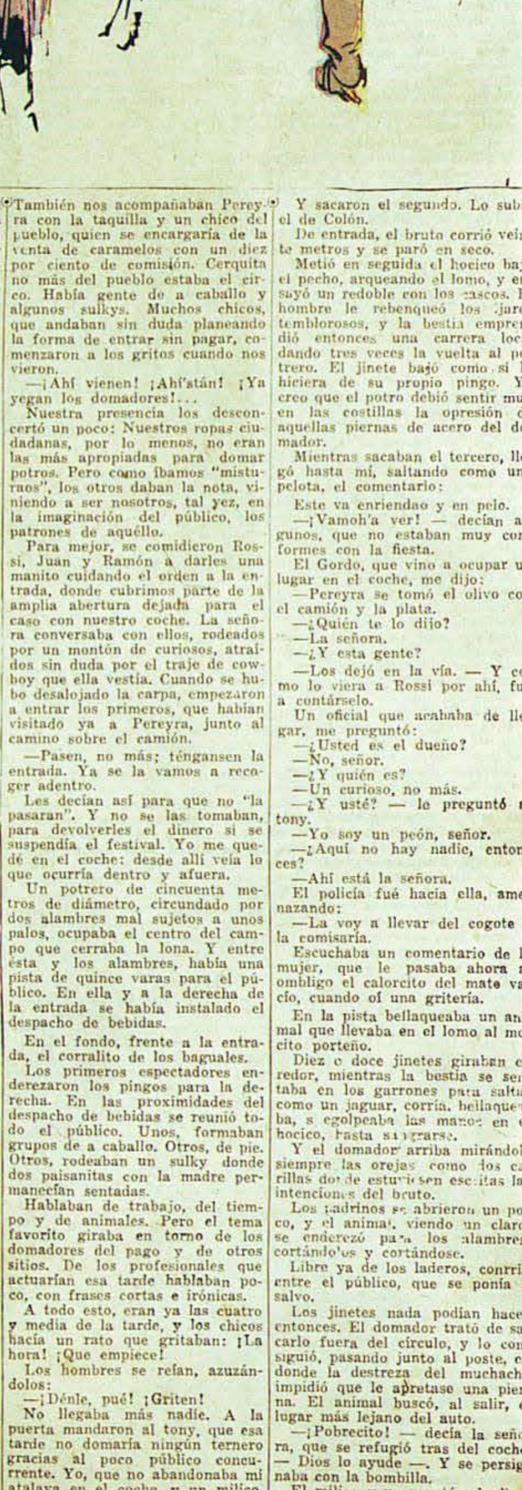
Parecían muchachos alardeando de la travesura que cometían y que gozaban ya la satisfacción de mostrar la habilidad que harían gala al escapar al castigo. Aunque por momentos se veía que no les tenían todas consigo. Debían ser días de cama a 70 centavos cada uno, eran ocho en total y no tenían un centavo. Todo dependía de la tarde. Debían, además,

que estos domadores no tenían más caballos que los potros que les cedían por un domingo.

La hotelería, en sus idas y venidas a la cocina, olfateando el estofado, nos miraba como a compañeros.

Para las tres era la cosa. Salieron presentes, sonreían y mal que les pesara, bromaban de vez en cuando.

Parecían muchachos alardeando de la travesura que cometían y que gozaban ya la satisfacción de mostrar la habilidad que harían gala al escapar al castigo. Aunque por momentos se veía que no les tenían todas consigo. Debían ser días de cama a 70 centavos cada uno, eran ocho en total y no tenían un centavo. Todo dependía de la tarde. Debían, además,



antanas abiertas prestaba brillo al barro chirle de la calle.

De vez en cuando un auto nos hacía llegar el ruido de las cadenas adosadas a las ruedas, "pa que merdan".

—¡Guarda! — gritaban los paisanos que se habían llegado "al intro pa entretenerse", cuando el coche se acercaba, mequinándole el cuerpo a los salpicones.

Cuando oíamos una risotada general, ya sabíamos de qué se trataba. Uno de ellos había sido salteado.

Contra el tabique que separaba el comedor del café, que daba por una esquina, dos paisanos, de sobremesa, daban cuenta de una botella de vino. A mi espalda, andaban por los postres el secretario de la Intendencia, un empleado de "Casa Gall" y otro hoterita también, al parecer. Junto a la ventanilla, conversando con el patrón, que imaba, los codios apoyados en un antel lleno de migas de pan, un leño andaluz muy acroillado, "que ndaba parando en el hotel" porque lo había vendido todo y se olvía para España.

El viejo se había ganado los patrones trabajando de cochero. Llegó a tener hasta cincuenta unidades y cuatro volantes. De Rossi hacía viajes a Colón, Pergamino, el Salto Argentino, etc. También tuvo una "pompa", pero no le gustaba "andar esperando de se muera alguno".

Nosotros nos habíamos puesto a acordar la comida era detestable.

Al comedor reservado para los

—¿Doma también?

—¿Qué va a domar! Eso sí. Es muy buena jineta.

—Su vaso estaba vacío.

—Ché, strvanle.

De pronto, uno de los paisanos que se recostaban contra el tabique se levantó. Era un hombre bajo, como de treinta años y vestido a lo pobre. Se nos acercó echando el aire con los hombros, en un balanceo a lo pato sobre piernas chuecas. En los ojos se le veía nomás que había tomado bastante.

—Oiga, amigo. ¿Usted es de los domadores?

—¿Qué se le ofrece? — le respondió seco el muchacho.

—¿Guano, veía, yo quería un barato.

—¿Cómo no. Vaya nomás.

El otro no se movió.

—Ya vamo'a ver quién es domador, pué.

Yo lo miraba, lo tenía de frente y él me miró a su vez con un gesto como diciendo: "Qué v'hacer esta mascarita".

El compañero observaba la escena desde su asiento, con gesto de cuchillero. Creí que buscaban pendeñencia.

—Vaya, amigo — medio se enojó el porteño — de aquí al domingo hay tiempo.

La acogida fría de nosotros y la actitud resuelta de nuestro invitado lo desarmaron.

—Eso es, sí, eso es — decía —

zón. El de los domadores, una galleta.

Habían venido cuatro de ellos, contando el mozo; nos habíamos sentado en las camas, alguno que otro en las sillas y Juan y Rossi, que cebaban, de pie.

El calentador punteaba la "barilla, de la que hacían el gasto los otros.

En las amistades de un rato, pronto se llega a las confidencias. Ellos nos confidenciaban pillerías del oficio.

—¿Ansi es — decía uno de ellos, bien de "pajuera" por el tipo y el léxico, aunque había perdido la timidez propia del paisano para con el puebler, precisamente porque los trataba "dende que andaba en esto". — Nohotro, a veces pagamoh'el hotel y a veces no. Depende e cómo salgamos.

—¿De cómo salen en la doma?

—pregunté ingenuamente, creyendo que se refería a la taquilla.

—No, amigo. De cómo salgamos del hotel, pué.

Una risotada festejó el chiste.

Otro comentaba:

—Claro que el trabajo es medio embromao, porque lo'instanciero d'ande s'haga la doma aprovechan pa mandar el reservao que tengan. Si lo voltean a uno, que se jorobe, y, si no lo voltean, a ellos le sale gráti'el galope. Pero como en todos los hay comedidos, resulta qu'a lo mejor nohotro de

—¿Tan pocos van?

—Se arma... seguida.

De lejos habían venido azarros paisanos, atraídos por los programas colocados en las pulperías.

De ellos había dos que se fan de lo común. Uno, por deharache; el otro, por lo callado.

El conversador era hombre de regular estatura. Vestía bombacha, camisa y pañuelo blanco. Usaba sombrero negro de alas anchas. Algo gordo él, y un poco pagado de sí mismo.

—¿Viene por un barato?

—No. Viene a picotear.

—¿Y aquí?

—Ese, sí.

Era el otro. El callado. Tenía el paisano ese uno noventa, lo menos, de estatura. Flaco, de huesos grandes y cara alargada. Los labios delgados y prietos. Los ojos chicos y de mirar duro. Así eran, en fin, sus facciones. Sin embargo, había algo en él que lo delataba hombre bueno. Y de trabajo.

Vestía unas grotescas bombachas amarillas a rayitas oscuras y calzaba botas chacareras. Le quedaba cortón el saco negro y ridículo el chicleo descolorido. Un pañuelo negro que completaba su indumentaria, decía su luto.

La mujer del empresario andaba lamentándose.

—¿Mi marido, que no vuelve!

—¿Hace una semana que se fue a Pergamino para arreglar en el Parque Fuyana? Me escribió que estaría pa la doma y no ha llegado todavía!

Un vigilante le entregó una citación.

—¡Vea! Hágame el bien de de-

—¿Tan pocos van?

—Se arma... seguida.

De lejos habían venido azarros paisanos, atraídos por los programas colocados en las pulperías.

De ellos había dos que se fan de lo común. Uno, por deharache; el otro, por lo callado.

El conversador era hombre de regular estatura. Vestía bombacha, camisa y pañuelo blanco. Usaba sombrero negro de alas anchas. Algo gordo él, y un poco pagado de sí mismo.

—¿Viene por un barato?

—No. Viene a picotear.

—¿Y aquí?

—Ese, sí.

Era el otro. El callado. Tenía el paisano ese uno noventa, lo menos, de estatura. Flaco, de huesos grandes y cara alargada. Los labios delgados y prietos. Los ojos chicos y de mirar duro. Así eran, en fin, sus facciones. Sin embargo, había algo en él que lo delataba hombre bueno. Y de trabajo.

Vestía unas grotescas bombachas amarillas a rayitas oscuras y calzaba botas chacareras. Le quedaba cortón el saco negro y ridículo el chicleo descolorido. Un pañuelo negro que completaba su indumentaria, decía su luto.

La mujer del empresario andaba lamentándose.

—¿Mi marido, que no vuelve!

—¿Hace una semana que se fue a Pergamino para arreglar en el Parque Fuyana? Me escribió que estaría pa la doma y no ha llegado todavía!

Un vigilante le entregó una citación.

—¡Vea! Hágame el bien de de-

—¿Tan pocos van?

—Se arma... seguida.

De lejos habían venido azarros paisanos, atraídos por los programas colocados en las pulperías.

De ellos había dos que se fan de lo común. Uno, por deharache; el otro, por lo callado.

El conversador era hombre de regular estatura. Vestía bombacha, camisa y pañuelo blanco. Usaba sombrero negro de alas anchas. Algo gordo él, y un poco pagado de sí mismo.

—¿Viene por un barato?

—No. Viene a picotear.

—¿Y aquí?

—Ese, sí.

Era el otro. El callado. Tenía el paisano ese uno noventa, lo menos, de estatura. Flaco, de huesos grandes y cara alargada. Los labios delgados y prietos. Los ojos chicos y de mirar duro. Así eran, en fin, sus facciones. Sin embargo, había algo en él que lo delataba hombre bueno. Y de trabajo.

Vestía unas grotescas bombachas amarillas a rayitas oscuras y calzaba botas chacareras. Le quedaba cortón el saco negro y ridículo el chicleo descolorido. Un pañuelo negro que completaba su indumentaria, decía su luto.

La mujer del empresario andaba lamentándose.

—¿Mi marido, que no vuelve!

—¿Hace una semana que se fue a Pergamino para arreglar en el Parque Fuyana? Me escribió que estaría pa la doma y no ha llegado todavía!

Un vigilante le entregó una citación.

—¡Vea! Hágame el bien de de-

—¿Tan pocos van?

—Se arma... seguida.

De lejos habían venido azarros paisanos, atraídos por los programas colocados en las pulperías.

De ellos había dos que se fan de lo común. Uno, por deharache; el otro, por lo callado.

El conversador era hombre de regular estatura. Vestía bombacha, camisa y pañuelo blanco. Usaba sombrero negro de alas anchas. Algo gordo él, y un poco pagado de sí mismo.

—¿Viene por un barato?

—No. Viene a picotear.

—¿Y aquí?

—Ese, sí.

Era el otro. El callado. Tenía el paisano ese uno noventa, lo menos, de estatura. Flaco, de huesos grandes y cara alargada. Los labios delgados y prietos. Los ojos chicos y de mirar duro. Así eran, en fin, sus facciones. Sin embargo, había algo en él que lo delataba hombre bueno. Y de trabajo.

Vestía unas grotescas bombachas amarillas a rayitas oscuras y calzaba botas chacareras. Le quedaba cortón el saco negro y ridículo el chicleo descolorido. Un pañuelo negro que completaba su indumentaria, decía su luto.

La mujer del empresario andaba lamentándose.

—¿Mi marido, que no vuelve!

—¿Hace una semana que se fue a Pergamino para arreglar en el Parque Fuyana? Me escribió que estaría pa la doma y no ha llegado todavía!

Un vigilante le entregó una citación.

—¡Vea! Hágame el bien de de-

—¿Tan pocos van?

—Se arma... seguida.

De lejos habían venido azarros paisanos, atraídos por los programas colocados en las pulperías.

De ellos había dos que se fan de lo común. Uno, por deharache; el otro, por lo callado.

El conversador era hombre de regular estatura. Vestía bombacha, camisa y pañuelo blanco. Usaba sombrero negro de alas anchas. Algo gordo él, y un poco pagado de sí mismo.

—¿Viene por un barato?

—No. Viene a picotear.

—¿Y aquí?

—Ese, sí.

Era el otro. El callado. Tenía el paisano ese uno noventa, lo menos, de estatura. Flaco, de huesos grandes y cara alargada. Los labios delgados y prietos. Los ojos chicos y de mirar duro. Así eran, en fin, sus facciones. Sin embargo, había algo en él que lo delataba hombre bueno. Y de trabajo.

Vestía unas grotescas bombachas amarillas a rayitas oscuras y calzaba botas chacareras. Le quedaba cortón el saco negro y ridículo el chicleo descolorido. Un pañuelo negro que completaba su indumentaria, decía su luto.

La mujer del empresario andaba lamentándose.

—¿Mi marido, que no vuelve!

—¿Hace una semana que se fue a Pergamino para arreglar en el Parque Fuyana? Me escribió que estaría pa la doma y no ha llegado todavía!

Un vigilante le entregó una citación.

—¡Vea! Hágame el bien de de-



—También nos acompañaban Pereyra con la taquilla y un chico del pueblo, quien se encargaría de la venta de caramelos con un diez por ciento de comisión. Cerquita no más del pueblo estaba el circo. Había gente de a caballo y algunos sulky. Muchos chicos, que andaban sin duda planeando la forma de entrar sin pagar, comenzaron a los gritos cuando nos vieron.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí están! ¡Ya yegan los domadores!

Nuestra presencia los desconcertó un poco: Nuestros ropas ciudadanas, por lo menos, no eran las más apropiadas para domar potros. Pero como íbamos "misturados", los otros daban la nota, viniendo a ser nosotros, tal vez, en la imaginación del público, los patrones de aquello.

Para mejor, se comidieron Rossi, Juan y Ramón a darles un manito cuidando el orden a la entrada, donde cubrimos parte de la amplia abertura dejada para el caso con nuestro coche. La señora conversaba con ellos, rodeados por un montón de curiosos, atraídos sin duda por el traje de cowboy que ella vestía. Cuando se hubo desalojado la carpa, empezaron a entrar los primeros, que habían visitado ya a Pereyra, junto al camino sobre el camión.

—Pasen, no más; téngansen la entrada. Ya se la vamos a recoger adentro.

Les decían así para que no "la pasaran". Y no se las tomaban, para devolverles el dinero si se suspendía el festival. Yo me quedé en el coche: desde allí veía lo que ocurría dentro y afuera.

Un potrero de cincuenta metros de diámetro, circundado por dos alambres mal sujetos a unos pilos, ocupaba el centro del campo que cerraba la lona. Y entre esta y los alambres, había una pista de quince varas para el público. En ella y a la derecha de la entrada se había instalado el despacho de bebidas.

En el fondo, frente a la entrada, el corralito de los baguales. Los primeros espectadores enderezaron los pingos para la derecha. En las proximidades del despacho de bebidas se reunió todo el público. Unos, formaban grupos de a caballo. Otros, de pie. Otros, rodeaban un sulky donde dos paisanos con la madre permanecían sentadas.

Hablaban de trabajo, del tiempo y de animales. Pero el tema favorito giraba en torno de los domadores del pago y de otros sitios. De los profesionales que actuarían esa tarde hablaban poco, con frases cortas e irónicas.

A todo esto, eran ya las cuatro y media de la tarde, y los chicos hacían un rato que gritaban: ¡La hora! ¡Que empiece!

Los hombres se refan, azuzándose:

—¡Dénle, pué! ¡Griten!

No llegaba más nadie. A la puerta mandaron al tony, que esa tarde no domaría ningún ternero gracias al poco público concurrente. Yo, que no abandonaba mi atalaya en el coche, y un milico, montado en un pobre mancarón. Nos acompañaba una señora de ba, se golpeaba las manos en el bia venido con el mate, que sostenía con las manos contra el estómago y charlaba con el primero que se le ponía a tiro.

Al potrero entraron unos cuantos que apadrinarian, y se sacó el primer bagual.

El paisano grandote, ese del barato, lo enlazó, lo atrajo al potrero ayudado por otros.

Alguien lo pisó y él le pisó el cogote y lo embolizó.

Parado el animal, lo mantuvo firme hasta que lo ensillaran. Parecía un adolescente junto a un perro.

Le subió López, de la partida.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaban los jinetes.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaba el público que pechaba los alambres.

El animal hizo lo que hacen otros en su caso: corrió, brinco, hinchó el lomo y resoplaba como una locomotora. Nada más.

—También nos acompañaban Pereyra con la taquilla y un chico del pueblo, quien se encargaría de la venta de caramelos con un diez por ciento de comisión. Cerquita no más del pueblo estaba el circo. Había gente de a caballo y algunos sulky. Muchos chicos, que andaban sin duda planeando la forma de entrar sin pagar, comenzaron a los gritos cuando nos vieron.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí están! ¡Ya yegan los domadores!

Nuestra presencia los desconcertó un poco: Nuestros ropas ciudadanas, por lo menos, no eran las más apropiadas para domar potros. Pero como íbamos "misturados", los otros daban la nota, viniendo a ser nosotros, tal vez, en la imaginación del público, los patrones de aquello.

Para mejor, se comidieron Rossi, Juan y Ramón a darles un manito cuidando el orden a la entrada, donde cubrimos parte de la amplia abertura dejada para el caso con nuestro coche. La señora conversaba con ellos, rodeados por un montón de curiosos, atraídos sin duda por el traje de cowboy que ella vestía. Cuando se hubo desalojado la carpa, empezaron a entrar los primeros, que habían visitado ya a Pereyra, junto al camino sobre el camión.

—Pasen, no más; téngansen la entrada. Ya se la vamos a recoger adentro.

Les decían así para que no "la pasaran". Y no se las tomaban, para devolverles el dinero si se suspendía el festival. Yo me quedé en el coche: desde allí veía lo que ocurría dentro y afuera.

Un potrero de cincuenta metros de diámetro, circundado por dos alambres mal sujetos a unos pilos, ocupaba el centro del campo que cerraba la lona. Y entre esta y los alambres, había una pista de quince varas para el público. En ella y a la derecha de la entrada se había instalado el despacho de bebidas.

En el fondo, frente a la entrada, el corralito de los baguales. Los primeros espectadores enderezaron los pingos para la derecha. En las proximidades del despacho de bebidas se reunió todo el público. Unos, formaban grupos de a caballo. Otros, de pie. Otros, rodeaban un sulky donde dos paisanos con la madre permanecían sentadas.

Hablaban de trabajo, del tiempo y de animales. Pero el tema favorito giraba en torno de los domadores del pago y de otros sitios. De los profesionales que actuarían esa tarde hablaban poco, con frases cortas e irónicas.

A todo esto, eran ya las cuatro y media de la tarde, y los chicos hacían un rato que gritaban: ¡La hora! ¡Que empiece!

Los hombres se refan, azuzándose:

—¡Dénle, pué! ¡Griten!

No llegaba más nadie. A la puerta mandaron al tony, que esa tarde no domaría ningún ternero gracias al poco público concurrente. Yo, que no abandonaba mi atalaya en el coche, y un milico, montado en un pobre mancarón. Nos acompañaba una señora de ba, se golpeaba las manos en el bia venido con el mate, que sostenía con las manos contra el estómago y charlaba con el primero que se le ponía a tiro.

Al potrero entraron unos cuantos que apadrinarian, y se sacó el primer bagual.

El paisano grandote, ese del barato, lo enlazó, lo atrajo al potrero ayudado por otros.

Alguien lo pisó y él le pisó el cogote y lo embolizó.

Parado el animal, lo mantuvo firme hasta que lo ensillaran. Parecía un adolescente junto a un perro.

Le subió López, de la partida.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaban los jinetes.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaba el público que pechaba los alambres.

El animal hizo lo que hacen otros en su caso: corrió, brinco, hinchó el lomo y resoplaba como una locomotora. Nada más.

—También nos acompañaban Pereyra con la taquilla y un chico del pueblo, quien se encargaría de la venta de caramelos con un diez por ciento de comisión. Cerquita no más del pueblo estaba el circo. Había gente de a caballo y algunos sulky. Muchos chicos, que andaban sin duda planeando la forma de entrar sin pagar, comenzaron a los gritos cuando nos vieron.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí están! ¡Ya yegan los domadores!

Nuestra presencia los desconcertó un poco: Nuestros ropas ciudadanas, por lo menos, no eran las más apropiadas para domar potros. Pero como íbamos "misturados", los otros daban la nota, viniendo a ser nosotros, tal vez, en la imaginación del público, los patrones de aquello.

Para mejor, se comidieron Rossi, Juan y Ramón a darles un manito cuidando el orden a la entrada, donde cubrimos parte de la amplia abertura dejada para el caso con nuestro coche. La señora conversaba con ellos, rodeados por un montón de curiosos, atraídos sin duda por el traje de cowboy que ella vestía. Cuando se hubo desalojado la carpa, empezaron a entrar los primeros, que habían visitado ya a Pereyra, junto al camino sobre el camión.

—Pasen, no más; téngansen la entrada. Ya se la vamos a recoger adentro.

Les decían así para que no "la pasaran". Y no se las tomaban, para devolverles el dinero si se suspendía el festival. Yo me quedé en el coche: desde allí veía lo que ocurría dentro y afuera.

Un potrero de cincuenta metros de diámetro, circundado por dos alambres mal sujetos a unos pilos, ocupaba el centro del campo que cerraba la lona. Y entre esta y los alambres, había una pista de quince varas para el público. En ella y a la derecha de la entrada se había instalado el despacho de bebidas.

En el fondo, frente a la entrada, el corralito de los baguales. Los primeros espectadores enderezaron los pingos para la derecha. En las proximidades del despacho de bebidas se reunió todo el público. Unos, formaban grupos de a caballo. Otros, de pie. Otros, rodeaban un sulky donde dos paisanos con la madre permanecían sentadas.

Hablaban de trabajo, del tiempo y de animales. Pero el tema favorito giraba en torno de los domadores del pago y de otros sitios. De los profesionales que actuarían esa tarde hablaban poco, con frases cortas e irónicas.

A todo esto, eran ya las cuatro y media de la tarde, y los chicos hacían un rato que gritaban: ¡La hora! ¡Que empiece!

Los hombres se refan, azuzándose:

—¡Dénle, pué! ¡Griten!

No llegaba más nadie. A la puerta mandaron al tony, que esa tarde no domaría ningún ternero gracias al poco público concurrente. Yo, que no abandonaba mi atalaya en el coche, y un milico, montado en un pobre mancarón. Nos acompañaba una señora de ba, se golpeaba las manos en el bia venido con el mate, que sostenía con las manos contra el estómago y charlaba con el primero que se le ponía a tiro.

Al potrero entraron unos cuantos que apadrinarian, y se sacó el primer bagual.

El paisano grandote, ese del barato, lo enlazó, lo atrajo al potrero ayudado por otros.

Alguien lo pisó y él le pisó el cogote y lo embolizó.

Parado el animal, lo mantuvo firme hasta que lo ensillaran. Parecía un adolescente junto a un perro.

Le subió López, de la partida.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaban los jinetes.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaba el público que pechaba los alambres.

El animal hizo lo que hacen otros en su caso: corrió, brinco, hinchó el lomo y resoplaba como una locomotora. Nada más.

—También nos acompañaban Pereyra con la taquilla y un chico del pueblo, quien se encargaría de la venta de caramelos con un diez por ciento de comisión. Cerquita no más del pueblo estaba el circo. Había gente de a caballo y algunos sulky. Muchos chicos, que andaban sin duda planeando la forma de entrar sin pagar, comenzaron a los gritos cuando nos vieron.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí están! ¡Ya yegan los domadores!

Nuestra presencia los desconcertó un poco: Nuestros ropas ciudadanas, por lo menos, no eran las más apropiadas para domar potros. Pero como íbamos "misturados", los otros daban la nota, viniendo a ser nosotros, tal vez, en la imaginación del público, los patrones de aquello.

Para mejor, se comidieron Rossi, Juan y Ramón a darles un manito cuidando el orden a la entrada, donde cubrimos parte de la amplia abertura dejada para el caso con nuestro coche. La señora conversaba con ellos, rodeados por un montón de curiosos, atraídos sin duda por el traje de cowboy que ella vestía. Cuando se hubo desalojado la carpa, empezaron a entrar los primeros, que habían visitado ya a Pereyra, junto al camino sobre el camión.

—Pasen, no más; téngansen la entrada. Ya se la vamos a recoger adentro.

Les decían así para que no "la pasaran". Y no se las tomaban, para devolverles el dinero si se suspendía el festival. Yo me quedé en el coche: desde allí veía lo que ocurría dentro y afuera.

Un potrero de cincuenta metros de diámetro, circundado por dos alambres mal sujetos a unos pilos, ocupaba el centro del campo que cerraba la lona. Y entre esta y los alambres, había una pista de quince varas para el público. En ella y a la derecha de la entrada se había instalado el despacho de bebidas.

En el fondo, frente a la entrada, el corralito de los baguales. Los primeros espectadores enderezaron los pingos para la derecha. En las proximidades del despacho de bebidas se reunió todo el público. Unos, formaban grupos de a caballo. Otros, de pie. Otros, rodeaban un sulky donde dos paisanos con la madre permanecían sentadas.

Hablaban de trabajo, del tiempo y de animales. Pero el tema favorito giraba en torno de los domadores del pago y de otros sitios. De los profesionales que actuarían esa tarde hablaban poco, con frases cortas e irónicas.

A todo esto, eran ya las cuatro y media de la tarde, y los chicos hacían un rato que gritaban: ¡La hora! ¡Que empiece!

Los hombres se refan, azuzándose:

—¡Dénle, pué! ¡Griten!

No llegaba más nadie. A la puerta mandaron al tony, que esa tarde no domaría ningún ternero gracias al poco público concurrente. Yo, que no abandonaba mi atalaya en el coche, y un milico, montado en un pobre mancarón. Nos acompañaba una señora de ba, se golpeaba las manos en el bia venido con el mate, que sostenía con las manos contra el estómago y charlaba con el primero que se le ponía a tiro.

Al potrero entraron unos cuantos que apadrinarian, y se sacó el primer bagual.

El paisano grandote, ese del barato, lo enlazó, lo atrajo al potrero ayudado por otros.

Alguien lo pisó y él le pisó el cogote y lo embolizó.

Parado el animal, lo mantuvo firme hasta que lo ensillaran. Parecía un adolescente junto a un perro.

Le subió López, de la partida.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaban los jinetes.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaba el público que pechaba los alambres.

El animal hizo lo que hacen otros en su caso: corrió, brinco, hinchó el lomo y resoplaba como una locomotora. Nada más.

—También nos acompañaban Pereyra con la taquilla y un chico del pueblo, quien se encargaría de la venta de caramelos con un diez por ciento de comisión. Cerquita no más del pueblo estaba el circo. Había gente de a caballo y algunos sulky. Muchos chicos, que andaban sin duda planeando la forma de entrar sin pagar, comenzaron a los gritos cuando nos vieron.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí están! ¡Ya yegan los domadores!

Nuestra presencia los desconcertó un poco: Nuestros ropas ciudadanas, por lo menos, no eran las más apropiadas para domar potros. Pero como íbamos "misturados", los otros daban la nota, viniendo a ser nosotros, tal vez, en la imaginación del público, los patrones de aquello.

Para mejor, se comidieron Rossi, Juan y Ramón a darles un manito cuidando el orden a la entrada, donde cubrimos parte de la amplia abertura dejada para el caso con nuestro coche. La señora conversaba con ellos, rodeados por un montón de curiosos, atraídos sin duda por el traje de cowboy que ella vestía. Cuando se hubo desalojado la carpa, empezaron a entrar los primeros, que habían visitado ya a Pereyra, junto al camino sobre el camión.

—Pasen, no más; téngansen la entrada. Ya se la vamos a recoger adentro.

Les decían así para que no "la pasaran". Y no se las tomaban, para devolverles el dinero si se suspendía el festival. Yo me quedé en el coche: desde allí veía lo que ocurría dentro y afuera.

Un potrero de cincuenta metros de diámetro, circundado por dos alambres mal sujetos a unos pilos, ocupaba el centro del campo que cerraba la lona. Y entre esta y los alambres, había una pista de quince varas para el público. En ella y a la derecha de la entrada se había instalado el despacho de bebidas.

En el fondo, frente a la entrada, el corralito de los baguales. Los primeros espectadores enderezaron los pingos para la derecha. En las proximidades del despacho de bebidas se reunió todo el público. Unos, formaban grupos de a caballo. Otros, de pie. Otros, rodeaban un sulky donde dos paisanos con la madre permanecían sentadas.

Hablaban de trabajo, del tiempo y de animales. Pero el tema favorito giraba en torno de los domadores del pago y de otros sitios. De los profesionales que actuarían esa tarde hablaban poco, con frases cortas e irónicas.

A todo esto, eran ya las cuatro y media de la tarde, y los chicos hacían un rato que gritaban: ¡La hora! ¡Que empiece!

Los hombres se refan, azuzándose:

—¡Dénle, pué! ¡Griten!

No llegaba más nadie. A la puerta mandaron al tony, que esa tarde no domaría ningún ternero gracias al poco público concurrente. Yo, que no abandonaba mi atalaya en el coche, y un milico, montado en un pobre mancarón. Nos acompañaba una señora de ba, se golpeaba las manos en el bia venido con el mate, que sostenía con las manos contra el estómago y charlaba con el primero que se le ponía a tiro.

Al potrero entraron unos cuantos que apadrinarian, y se sacó el primer bagual.

El paisano grandote, ese del barato, lo enlazó, lo atrajo al potrero ayudado por otros.

Alguien lo pisó y él le pisó el cogote y lo embolizó.

Parado el animal, lo mantuvo firme hasta que lo ensillaran. Parecía un adolescente junto a un perro.

Le subió López, de la partida.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaban los jinetes.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaba el público que pechaba los alambres.

El animal hizo lo que hacen otros en su caso: corrió, brinco, hinchó el lomo y resoplaba como una locomotora. Nada más.

—También nos acompañaban Pereyra con la taquilla y un chico del pueblo, quien se encargaría de la venta de caramelos con un diez por ciento de comisión. Cerquita no más del pueblo estaba el circo. Había gente de a caballo y algunos sulky. Muchos chicos, que andaban sin duda planeando la forma de entrar sin pagar, comenzaron a los gritos cuando nos vieron.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí están! ¡Ya yegan los domadores!

Nuestra presencia los desconcertó un poco: Nuestros ropas ciudadanas, por lo menos, no eran las más apropiadas para domar potros. Pero como íbamos "misturados", los otros daban la nota, viniendo a ser nosotros, tal vez, en la imaginación del público, los patrones de aquello.

Para mejor, se comidieron Rossi, Juan y Ramón a darles un manito cuidando el orden a la entrada, donde cubrimos parte de la amplia abertura dejada para el caso con nuestro coche. La señora conversaba con ellos, rodeados por un montón de curiosos, atraídos sin duda por el traje de cowboy que ella vestía. Cuando se hubo desalojado la carpa, empezaron a entrar los primeros, que habían visitado ya a Pereyra, junto al camino sobre el camión.

—Pasen, no más; téngansen la entrada. Ya se la vamos a recoger adentro.

Les decían así para que no "la pasaran". Y no se las tomaban, para devolverles el dinero si se suspendía el festival. Yo me quedé en el coche: desde allí veía lo que ocurría dentro y afuera.

Un potrero de cincuenta metros de diámetro, circundado por dos alambres mal sujetos a unos pilos, ocupaba el centro del campo que cerraba la lona. Y entre esta y los alambres, había una pista de quince varas para el público. En ella y a la derecha de la entrada se había instalado el despacho de bebidas.

En el fondo, frente a la entrada, el corralito de los baguales. Los primeros espectadores enderezaron los pingos para la derecha. En las proximidades del despacho de bebidas se reunió todo el público. Unos, formaban grupos de a caballo. Otros, de pie. Otros, rodeaban un sulky donde dos paisanos con la madre permanecían sentadas.

Hablaban de trabajo, del tiempo y de animales. Pero el tema favorito giraba en torno de los domadores del pago y de otros sitios. De los profesionales que actuar

# Una Sombra en la Viña

**E**l viejo Quintral abrió los ojos. Topóse con las vigas ahumadas del techo que se hacían de color de canela en la claridad del amanecer. Oyó chifla de pájaros, crepitar de vainas sobre ascuas y por la ventana que sombreaban largas pestañas de paja, vio un rulo de humo blanco. Sintió en la nuca un dolor agudo y quiso incorporarse. Lo fatigó muy pronto el dolor y hubo de tenderse nuevamente, jadeando. Recién notó que se hallaba en el suelo y que la manta que mal le cubría los pies estaba mojada. Por una gotera caía de rato en rato una gota grávida, sonora.

Se puso de costado. Al volverse, miró el fogón ya listo, con su rida de ramas y copejones, su trébede tinado. En cuclillas, un indio escarbaba los tizones y la llama le lamía las muñecas. Entró un perazzo, tiesa y revuelta la pelambre, y se quedó a un paso de la puerta, mirándolo con rencor. Parpadeó el viejo.

—¡...cha que ñebla!...

—¿Se jué?... ¡Flautín, alzame!

La diestra del muchacho encajó en la del viejo como un eslabón. Tambaleóse el hombre sin poder enderezarse del todo, sufriendo alfilerazos en las coyunturas. Por un instante el suelo se le hizo barranca y las paredes se movieron en ronda. Alcanzó con trabajo, como si cruzara un quiscal, la banqueta que hacía flanco a la mesa, larga y desvestida y se apretó la cabeza a dos manos. Así permaneció hasta que el calor del sol desentumeció a los moquecos guardados en la pila de leña del rincón y empezaron a rumar, ganosos, su anacronía.

—Que venga don Grú...

—¿Ah?... Asustado, el muchachón retrocedía hasta el fondo de la cocina apretando contra el pecho el canuto de caña enebreado en cordelillo de nudos que colgaba de su pecho y al que debía su sudor.

—¡Pa...trón! Foforeaban las pupilas de tigre apagadas de continuo como a una heredad lluvia de polvo estancara el fluir de su mirada mansa.

—...y a m'hijo! Hay que arropar las viñas del trasplante, y hay que arropar una carguita.

—¿Patrón! ¿Qué no se acuerda?...  
—¿Acordarse?... Púsose en pie, se acercó al pileton tras una orden breve, y luego se agachó, esperando. El indio salió huido con un balde para volver de inmediato dejando un rastro de estrotones de agua sobre la costra terrosa del piso. El zorro helado cayó sobre la cabeza, culebró entre la barba y llevó su aguja fina a zañar el matorral del pecho.

—¡A...! ¡Mientras se restregaba, secándose, con un trapo de color indefinido, hacia esfuerzos por reconstruir las escenas de la mala noche, ¡Nada!.

—Usté, patrón, lo echó a don Grú y don Grú le juró feo, ¡Por mí mamá que sí! Al Yaro lo golpeó en la cara y el mozo se jué a la casa del Alto, juntó a su agüelo. Y al Jote me le dió una tandá de varazos que se arimó la mañana y entuavía'taba refrescándolo con salmuera. Y volví a la Candelaria... ¡prelauta! ¡Qué sí llega a ser de valiorio!...

—¡La fiesta de la Candelaria! ¡Ahora sí! Clarito, clarito. Borrachera machaza, de calabacines de caña y vinarrosa espesa y agría de fondo de cuba. Y una buena moza — la ahijada — bailando con todos pero más... con él.

Titilaron dos carbonos de llama bajo el zarzal de las cejas y el labio se bestializó, húmedo y coligante.

Salió respirando fuerte. Se detuvo un momento en los anchos peñales y lo miró con ojo de amo, crítico y codicioso a un tiempo. Por las callecitas en diagonal del viñedo pasaba, a ras de las copas, el viento silencioso de la amanecida. En los cruces, sobre hojas doradas al rojo, blanqueaban unas palomas en manchas bailarinas. Los espantapájaros yacían sobre la tierra y el ala de un sombrero colgaba de la horqueta de un poste hendido.

El viejo Quintral se adelantó por una callejuela y al reto de sus pasos respondió la algarabía de una bandada que levantó vuelo. Por los senderitos, racimos desgajados testimoniaban regodeo y hartazgo... La ira enderezaba al hombre, quitándole años, endureciéndole los brazos con vigor de hachero.

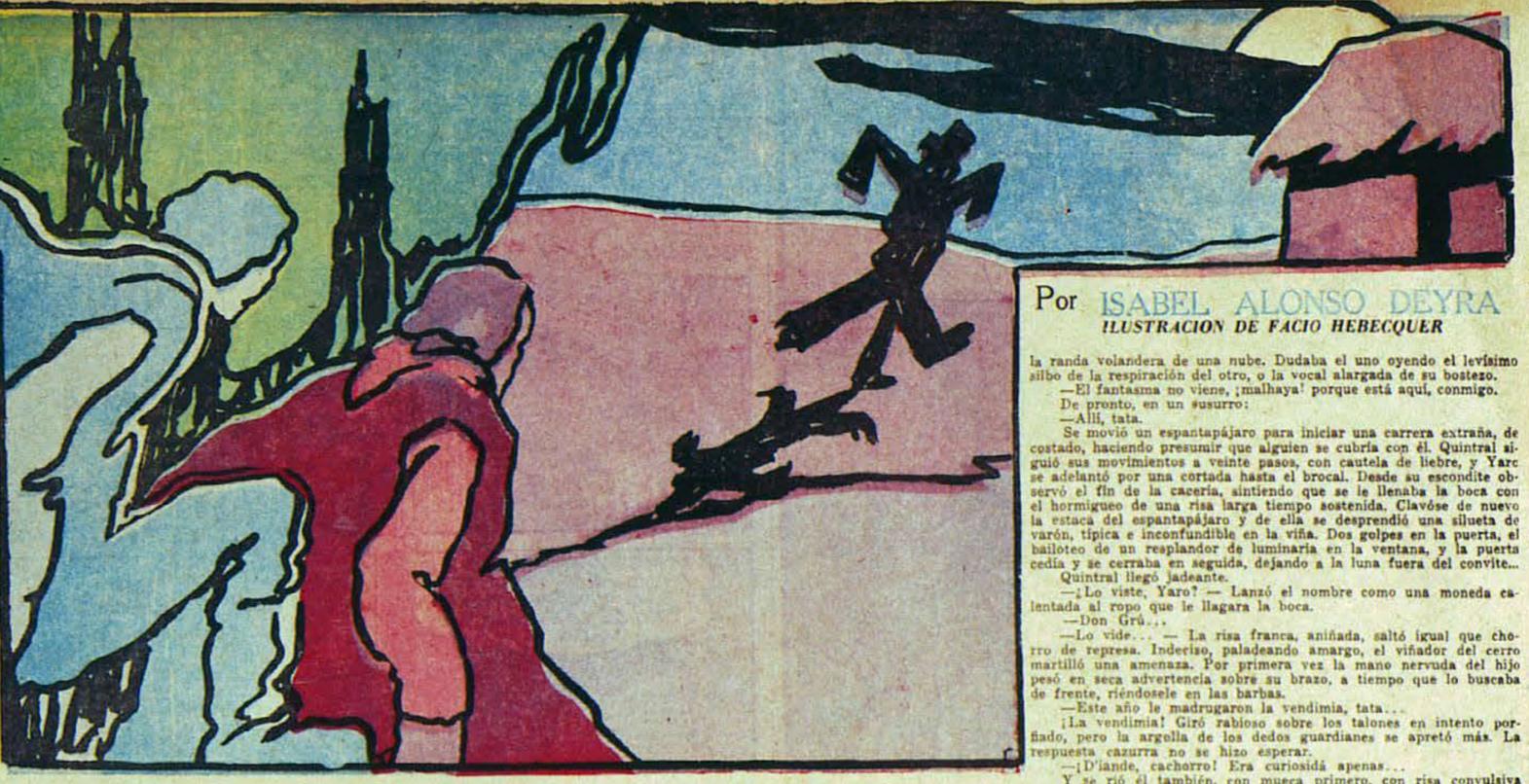
Bajo el cobertizo contiguo a la casa halló un tonel oloroso y bien curado, con un boquete enorme. Por la rajadura, un olor dulce, pegajoso, incensaba el aire lamido en diagonal por un brochazo de sol. Sobre la tierra blanda del vivar, los conejos de la última camada hacían tertulia alrededor de una bota boquiabierta, con los cambrillones al aire, arrojada evidentemente con fuerza como para desnucar a alguno. Junto al rancho que fué de don Cruz, allá en el fondo de los sembrados, zigzagueaba sobre ancho rescaldo una llama blanca, apenas visible en la cruda luz matinal. La intención del viñatero desafiaba con tales tropelías su coraje de patrón.

Entró a la pieza vacía. Tufos de humedad le dieron en el rostro y hubo de abrir de inmediato el ventanuco. Del brasero se levantó una cortina de ceniza y, rasgándola, el gato vino con arrumacos a delatarle su hambre y su soledad. Un tanto aplacado, sentía que le anegaba el corazón extraña tristura y pensó en las dos mujeres de su vida. La "finadita", la madre de su hijo, suave y serena como una mirada de amor, que se le fué un alba con las manos apretadas en un rezo por el nido que, desde aquella hora, tendría rocachera en el umbral. ¡Bien a tiempo la mentó don Cruz en la disputa para alzarle el hijo en su contra! A él mismo le había templado tanto el entusiasmo aquella imagen de la "patroncita" que tuvo que acordarse del nombre de fuego de la otra y del temblor de su estatua durante el baile para imponer la mala ocurrencia.

—Vendrán a vivir aquí, ¡sí, señor! Ella y su tata, mi compadre... Don Cruz sobraba. El viejo Zacarías iba a reemplazarlo con ventaja, pues además de viñatero era catador. Su nariz granulosa y tumefacta denotaba desde lejos honda afición al paladear del mosto...

Todo pasaría. El vástago rebelde apagaría de nuevo al tronco paterno, movido por la ternura de jardinería de su abuelo, señor de justicia en su predio rural, y la rueda del trabajo engranzaría en sus dientes realidades y sueños. Y habría en la viña una mujer y una quitarrá.

El viejo Quintral fué a hundirse en la quietud de su casa sola, con ansia desesperada, como si se tirara a un pozo negro por salvar una rosa caída en los círculos enigmáticos...



Por ISABEL ALONSO DEYRA  
ILUSTRACION DE FACIO HEBECQUER

la randa volandera de una nube. Dudaba el uno oyendo el levisimo silbo de la respiración del otro, o la vocal alargada de su bostezo.

—El fantasma no viene, ¡malhaya! porque está aquí, conmigo. De pronto, en un susurro:

—Allí, tata.

Se movió un espantapájaros para iniciar una carrera extraña, de costado, haciendo presumir que alguien se cubría con él. Quintral siguió sus movimientos a veinte pasos, con cautela de liebre, y Yaro se adelantó por una cortada hasta el brocal. Desde su escondite observó el fin de la carrera, sintiendo que se le llenaba la boca con el homignero de una risa larga tiempo sostenida. Clavóse de nuevo la estaca del espantapájaros y de ella se desprendió una silueta de varón, típica e inconfundible en la viña. Dos golpes en la puerta, el haliteo de un resplandor de luminaria en la ventana, y la puerta cedía y se cerraba en seguida, dejando a la luna fuera del convite.

Quintral llegó jadeante.

—¿Lo viste, Yaro? — Lanzó el nombre como una moneda calentada al ropo que le llagara la boca.

—Don Grú...

—Lo vide... — La risa franca, añiada, saltó igual que chorro de represa. Inderiso, paladeando amargo, el viñador del cerro martilló una amenaza. Por primera vez la mano nervuda del hijo pesó en seca advertencia sobre su brazo, a tiempo que lo buscaba de frente, riéndose en las barbas.

—Este año le maduraron la vendimia, tata...

¡La vendimia! Giró rabioso sobre los talones en intento porfido, pero la argolla de los dedos guardianes se apretó más. La respuesta cazurra no se hizo esperar.

—¡D'lande, cachorro! Era curiosidad apenas...

Y se rió él también, con mueca primero, con risa convulsiva después. Caminaron hacia la casa y en jocosa pareja midieron los escalones. La última carrajada rompió ecos en la cocina, donde hacía nido un olorillo familiar de especias y leña verde. Hipando todavía acomodóse Quintral en un pozo de algarrobo, mordido de hachas y roedores. Su enorme pañuelo refregó el cráneo y las sienes, que aún trasdaban angustia. Al alzar la cara, vio al muchacho en la pieza contigua clavado frente a un retrato. La diestra dibujaba en el aire cariñoso saludo.

—¡Ganaste, mamá!

A solas con su conciencia, acunando un recuerdo de oro, el amo de la viña sintió que "lagüita el corazón" borraba las telarañas.

lamentó que su retón no tuviera pico y garras. La escopeta se afirmaba en su hombro, magullándolo casi.

—Vide una sombra, patrón...

—Una sombra! Flautín contaba el suceso repetido ya tres noches en la semana. El fantasma ceñía en rodeo la casa, agrandándose hasta esfumarse en la oscuridad de los árboles, pero al cruzar el viñedo se achicaba y, así cortado, llegábase al pozo y desaparecía tras la cerca del rancho.

Inquieto, el patrón habló a Zacarías, anclado sin remedio en la cantina del pueblo.

—Cuentos diñido miedoso, compadre.

Yaro fué más audaz.

—¿Una sombra? ¡A cazarla, tata!

Mirándose de frente como dos tahures que se adivinaban la carta marcada, urdieron el plan.

Quintaba la luna propiciando la aventura. Salieron separados para juntarse luego en el pliegue de sombra densa que señalaba una hilera de sembrado, y montaron guardia silenciosa, aliados en sorda enemistad. Pasaban mariposas nocturnas y se enredaba, repetido y brujo, el diamante fosfórico de las luciérnagas. Aventaba la brisa rastros del paso de un zorro y, a distancia, en las ranchadas del repecho, algún perro sin dueño quería clavar ladrido y colmillo en

## Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks

**DOLCE FAR NIENTE**

**EL SIDE CAR DE LA ILUSION**

**LA UNICA FLOR**

PLAF, PLAF, PLAF! ESTA TEATRALIDAD DE MI ANDAR ME PRESTA ECUANIME ELEGANCIA

TENIA LA SEGURIDAD DE QUE HALLARIA UN TESORO

LOS DIOS SON TESTIGOS DE QUE EL HADA FORTUNA ME SALIO AL DESENCUENTRO

BAULES COMO ESTOS SE VEN EN LA CASA DE MI PADRE

VAMOS GALOPANDO ESPIRITUALMENTE POR LA PENDIENTE DEL ENSUENO

LLEGAREMOS AL ADUAR DE LA MELANCOLIA

¿QUE ESTAN HACIENDO HACIENDO CEBOLLITAS?

PARECES UNA LETRA DE TANGO

CHAU, SERAFIN

SOS EL JAMELGO QUE SE APIADA DE NUESTRO AFAN DE 100 H.P.

ESTOY SEGURO QUE EN ESTE INHOSPITO DESIERTO EXISTE UN TREBOL DE CUATRO HOJAS

¡Y DÍ CON EL!

¡PÁLIDO HERMANITO DE LOS OJOS TORNASOLADOS!

HE QUEMADO MI PROPIA SUERTE

Vinieron los días nuevos. La muchacha ventanera plantó menta y cilantro en los cacharros del alfeizar y subrayó con esa cinta lo moreno de su cuello delgado que remataba en una cara de cobre con ojos luminosos y boca sedienta. Acercábase el padrino cada tarde a pedirle agua fresca y buenas palabras, y la ahijada, sola casi siempre, sacaba del cubo un tazón rebosante y desgranaba su risa cosquilleadora. Pero, destella su gracia a distancia como si un arroyo corriente entre los dos les hiciera pisar riberas diferentes. Era necesario dar el salto. Y las rodillas de Quintral temblaban un poco...

Un amanecer, sin anuncio y sin prisas, regresó el hijo.

—Buenas, tata.

Paño con su sonrisa joven frente al grupo amable, sin darle importancia, mientras en las cuerdas rumberas los dedos de la mujer apresuraron un ritmo nervioso. Siguiéronlo las pupilas del padre, orgullosas de su estampa bizarra, y las de ella, cazadoras y atentas.

—Arisco pa las mozas, ¿no?

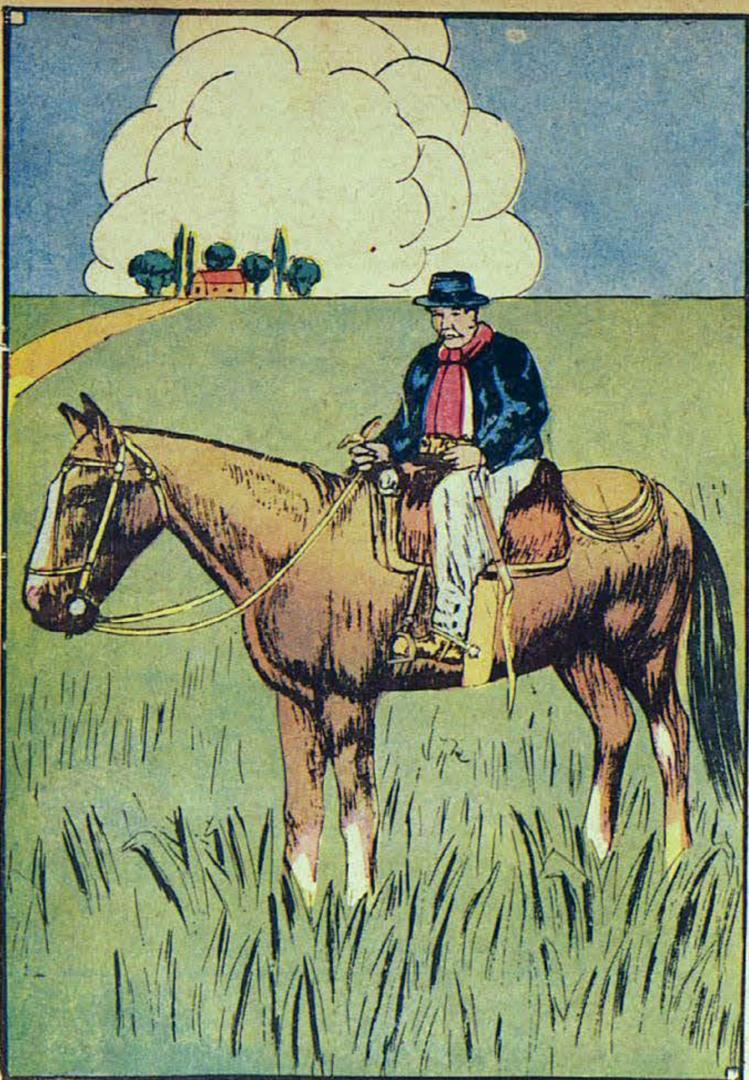
—De tal palo... — sentenció él — y Candelaria le festejó el decir con sonora carrajada que despertó al gato hecho ovillo en las cenizas tibias. Lejos, el indio recogía la vuelta de Yaro con el tirul fiestero de su flauta.

Desde aquella hora los tres se espionaron gestos, palabras, intenciones. El triángulo remachaba desconfianzas sutiles. Zarcillos negros se enroscaban al filamento de las frases haciéndolas reptar a vista de otros. El viejo entendía que la burla se agachaba en las miradas del mozo que se hacía el dormido en el aburrimento de las veladas y, de repente, lo contemplaba fijo, desafiándolo. Por su parte, al darle órdenes solía sentir que los celos las erizaban con agujones de cardo bravo, pero acontecía que Yaro, más obediente que nunca, cumplía el mandato entre sonrisas, como si fuera dueño de un secreto precioso, y lo mandado, cosa indiferente.

Avecinábase el otoño. En oro y violeta cuajaban los racimos presajando lagares colmados. Venían y a ofrecerse los vendimiadores mirando mucho y hondo hacia el rancho de Zacarías. Ibanse con a promesa del conchavo, en juego de grito y copla, retardando alrede el paso de las mulas.

... por si asoma la Candelaria, pué.

Una vez volvía de acompañar hasta la linde a varios trabajadores, cuando divisó al hijo y a la ahijada de palique. El viento ceñía el percal en la cadera y, como si en verdad tuviese frío, se ajustaba ladina el rebecillo, con movimiento despacioso y calculado. A Quintral le pareció que los pies se le enraizaban. Miró al cielo y



EN LA PAMPA

L A primera sección de la Pampa, en la parte que linda con la provincia de Buenos Aires...

Por Juan Chiovino Ilustración de Zomero

siempre en una sola pata nunca llegué a otra conclusión, que como sus patas son muy largas y desuabiertas...

Contados son los días en que desde las ocho hasta una hora antes de ponerse el sol no sopla el huracanado viento Norte o Sud.

Un español, cuya manera de ser y pensar me resultaba algo cómico y sentimental, me dijo, señalándome un plantío de maíz...

Una bolsa de arpillerá arrastrada entre ambas piernas servía para arrojar las mazorcas arrancadas con mano firme y segura.

Vino a sacarme de este arrobamiento una corpulenta vaca, de negro y lustroso pelaje, con una mancha estelar en la frente...

Por causas que no puedo determinar, en el campo hay menos hipocresía que en la ciudad, así que nos saludamos con una cordialidad tan sencilla que a veces quizás no exista entre dos hermanos.

Acto seguido, la buena y resignada esposa me brindaba un mate al tiempo que me decía: "¿Le gusta el mate?" a lo que respondí (asignándole la paternidad a ciertas palabras, que no sé a quien corresponden)...

Sus ojos de escaso brillo, demostraban su mansuecumbre; su ubre y mamas repletas de leche, cedían a la presión de las patas y dejaban escapar el jugo vital que, para beneficio o perjuicio regaba las plantas del lugar...

Nueve hijos formaban el fruto de este amor nacido y desarrollado en la Pampa.

Con un "hasta luego" y luego en la carpa lo convidaré con mate, nos despidió esta buena mujer, esposa, prodigio, símbolo o lo que se le quiera llamar.

Muchas vacas pasaron y mugieron cerca del ternerito, más éste sólo contestó con acierto al llamado de su madre...

La madre se hallaba sentada y dando el seno a la niña; yo le observé que se ha equivocado y se levanta a la más grande en lugar de la más pequeña...



Comic strip panels with dialogue bubbles and illustrations of cavemen. Dialogue includes: 'TE GUSTA EL FOOTING?', 'HE OÍDO HABLAR ALGO DE ESE FILOSOFO', 'NO ERA PEDREGULLO SINO PEROGRULLO.', 'CONOZCO LA GRAMÁTICA Y LE PUEDO DAR UNA REGLA...', 'PERO ESO ESTÁ MAL.', 'ME VA A REPLICAR QUERQUINO...', 'VAMOS A PREGUNTARLE A CUALQUIER MIEMBRO DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS Y VERA', 'CREO QUE HASTA QUE LLEGUEMOS A LA ACADEMIA, FALTAN 50.000 AÑOS DE CAMINO', 'YA VE; NOS HEMOS ACERCADO AL ABISMO DE LA LITERATURA', 'M-D, M-A, T-E, TE RESULTA TELESCOPIO.', 'LOS NEO SENSIBLES LLEVAN UN IDIOMA A FONDO.', '¡ARRIBA EL ABECEARIO!', '¡VIVA LA SINE RESIS!', '¡AUXILIO!', 'TE DIGO QUE UN TROPO NO ES UNA RIMA A LA IZQUIERDA.', 'HAY QUE HACER ALGO EN FAVOR DE LA PUREZA DEL CASTELLANO.', 'VOSOTROS QUE ESTÁIS AHÍ, ¿QUÉ OPINIS DE LA ERUDICIÓN Y LA FONÉTICA?', 'LAS PALABRAS TIENEN SU MITOLOGÍA', 'OBLIGUEMOS A UNA PARLA CICLICA', 'LA EUFONIA ES MI FLACO.', 'DEBAJO ESTÁ EL REY; EL SABE DE LETRAS.', '¡VAY A CONSULTARLE SI GANGLIO ES ESOFUJULO O PERVERSO!', '¡IDOS, MUSEISTA ANTI-TROPÓFAGO DE TERMINOS JUGOSOS!', 'MI SE ARROJA EL SABIO ENTRE LOS SABIOS HERMOSILLO', 'NO TE PONGAS ASI QUE VAMOS EN TU AUXILIO', 'TENTE, TENTE, DUQUESILLO DE LAS BALADIAS ANTIGUAS', 'ESO NO ESTÁ EN EL ROMANCERO.', '¡FOLLON!', '¡SE ACENTUA EN LA ÚLTIMA SILABA!'.